Notas

RAÚL FIGUEROA*

Ángel Calderón de la Barca, diplomático español (1790-1861). Notas biográficas

Era un hombre preparado, conocía el francés, el inglés y el alemán. Ingresó en el Ministerio de Estado en 1819 como agregado de Archivo. En 1820 pasó como secretario segundo a la Legación de España en Rusia, regresó a España en 1824, y después de largos trámites, fue "purificado" pues no se había separado de su cargo diplomático durante el trienio liberal, sino hasta el momento en que a consecuencia del Congreso de Verona fue despedida de Rusia la Legación de España. Se reincorporó al ministerio en 1824; en este año aún no concluido su expediente de purificación y por recomendación de don Francisco de Zea Bermúdez, actuó como agregado diplomático en Londres y a partir de esta fecha hasta 1835, siguió todos los grados del escalafón.¹

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Una fuente de inmensa utilidad para comprender la dimensión humana de Calderón de la Barca es su expediente personal conservado en el AMAE. Véase la explicación sobre siglas y abreviaturas al final de este artículo. Expediente Personal de Ángel Calderón de la Barca. AMAE. Personal. Leg. 52, Núm. 2327. (En adelante citado: Exp. ACB. AMAE. P. Leg. 52, Núm. 2327.) Agregado de la P.S.D.E. en 1825; oficial 11o. ese mismo año, oficial 9o. de dicha P.S.D.E. 1827; oficial 8o. 1828; oficial 7o. 1829; oficial 4o. 1830; oficial 3o. 1832; oficial 2o. 1833; oficial 1o. 1834; EEMP en Estados Unidos 1835, separado de su cargo por negarse a jurar la Constitución de 1812, desde 14 de mayo de 1837 hasta el 28 de febrero de 1838; el 8 de mayo de ese año tomó de nuevo posesión. En ese año solicitó licencia para casarse con la señorita Francis Erskine Inglis, natural de Escocia, hija del último William Inglis, Esq.; sobrina de Lord Erskine, ministro de Inglaterra en Munich. Concedido el permiso para contraer nupcias se verificó el matrimonio el 24 de septiembre de 1838 en Nueva York en el templo católico de la Transfiguración por el Padre Félix Varela. En marzo de 1839 fue nombrado EEMP en México donde llegó en diciembre de ese año. Por el decreto de 10 de diciembre de 1840 fue declarado cesante por el Gobierno Provisional del Reino. Estuvo al frente de la legación hasta la llegada de su sucesor don Pedro Pascual de Oliver el 13 de agosto de 1841. Permaneció en

No es la personalidad de don Ángel Calderón de la Barca de esas que desde un principio atraen, como la del brillante diplomático don Salvador Bermúdez de Castro, ministro de España en México de 1845 a 1847; tampoco es el hombre práctico plenamente inmerso en la transformación burguesa de la sociedad ochocentista como sería el caso de don Pedro Pascual de Oliver, también ministro de España en nuestro país de 1841 a 1845. No, Calderón es un hombre lleno de prejuicios, de añagazas, se refiere a los políticos norteamericanos con desprecio: "estos republicanos..."² Habla en términos virulentos de la facción extrema del Partido Demócrata, seguidores del expansionista senador Lewis Cass, los llamados "locofocos", partidarios —aunque parezca un tanto paradójico— de la revolución francesa de 1848 y de la absorción de todo México.³

A través del estudio de su correspondencia tanto de la generada como ministro en México entre 1839 y 1841, como la que analizamos más detalladamente siendo ministro en los Estados Unidos de 1844 a 1848, podemos espigar el mundo de ideas en que se movía Ángel Calderón de la Barca.

Resulta muy significativo el hecho de que se negase a jurar en 1836, la Constitución de 1812.

V.E. [José María Calatrava] me comunica, en su citado oficio, el decreto de S.M. mandando se observe la Constitución de 1812 interín la nación reunida en Cortes decide cuál es la forma de gobierno que más le conviene; me manda que jure y haga jurar dicha Constitución a los empleados y súbditos de S.M. en estos Estados y me ordena que, para inspirar confianza, asegure que esta grave

México hasta enero de 1842. Escaso de recursos marchó primero a La Habana y después a Boston para reunirse con la familia de su mujer; allí se dedicó a escribir traduciendo la *Historia Universal* de Müller. Caído Espartero fue nombrado vocal de la Junta Consultiva del Ministerio de Estado por R.O. del 2 de noviembre de 1843. Por Real Decreto del 15 de febrero de 1844 es nombrado EEMP en los Estados Unidos, presentando sus credenciales el 5 de agosto de ese año.

² J.A. Hawgood, expone que por estos años, sólo los Estados Unidos tenían una forma de gobierno que poseía todos los atractivos deseados por el ciudadano de tendencias liberales de Europa, con su constitución tan alabada por Tocqueville. Sin embargo cualquier europeo más conservador tenía dudas muy serias sobre la posibilidad de aplicar a su país las instituciones sobre todo las distintas facciones de partido. J.A. Hawgood. "El liberalismo y el desarrollo constitucional", *Historia del Mundo Moderno, Universidad de Cambridge*, tr. de María Casamar Pérez, Barcelona, Sopena, 1980, v. X, pp. 141-142.

³ En 1848, pendiente aún de la ratificación el Tratado de Paz con México, hubo oradores en el Congreso de los Estados Unidos que "en términos virulentos o acalorados" expresaron "los deseos de ver derribados todos los tronos de Europa y convertirlos en democracias todas las monarquías". Desp. 358. De ACB al P.S.D.E. Washington, 10 de abril de 1848. AMAE. Leg. 1466.

medida en nada alterará, sino por el contrario consolidará las amistosas relaciones que subsisten entre España y la Unión.

Para cumplir con la primera parte de esta disposición pasé, sin demora, a los cónsules y a mis subalternos el competente aviso. Adjuntos remitiré a V.E. las contestaciones que de ellos reciba. En desempeño del segundo cargo dirigi a este Gobierno una nota a la que aún no he tenido respuesta. Si me la dan antes de la salida del paquete irá también inclusa.

En cuanto a producir la persuasión que se desea, confieso que el empeño excede a mi capacidad, y en mi sentir, a otras más superiores. Los hombres de Estado con quienes he hablado acerca de esta materia opinan que aquel código redactado en circunstancias especiales y para ellas, no es en manera alguna aplicable a la práctica y que además de ésta y otras nulidades, adolece de la esencialísima de ser el mayor obstáculo al establecimiento de la libertad misma que, por su medio, se pretende cimentar. Los que no son afectos esperan que sólo habrá sido aceptado como punto de momentáneo apoyo, y desean que las Cortes le reemplacen con una ley fundamental adaptada a los antecedentes, estado actual y necesidades de la mayoría del desventurado pueblo español.

Tales son igualmente mis opiniones, mis esperanzas y mis deseos; tales también imagino que serán los sentimientos de un ministro que, como V.E. goza del concepto general del patriotismo e ilustración y mi íntimo es mi convencimiento Excmo. Sr., y poderosa la voz de la conciencia que me impele a expresarlo cuando, al hacerlos así no se me oculta que me expongo a perder el fruto de largos, laboriosos y honrados servicios, yo que carezco de bienes de fortuna y no soy ya joven.

Después de lo que acabo de verme precisado a escribir ningún valor tendría mi juramento. Sería considerado por V.E. y con razón, como una sacrilega hipocresía para conservar mi destino. Sería un acto superfluo y aun anacronismo; porque cuando llegue a sus manos este despacho ya habrá sido y estará muy próximo a ser sancionado un nuevo y más adecuado sistema. Si tal fuese la gloria reservada al Ministerio que V.E. preside nada por cierto me lisonjearía más que el merecer ser asociado de ella.⁴

⁴ Desp. 82. DE. ACB al P.S.D.E. Washington, 28 de noviembre de 1836. Exp. ACB. AMAE. P. Leg. 52, Núm. 2327.

En consonancia con sus ideas es separado de la representanción que tenía en los Estados Unidos el 14 de mayo de 1837; pocos meses después jura la Constitución de 1837 "obra de los progresistas templados",⁵ a juicio de Francisco Cánovas Sánchez.⁶ En 1844, al ser nombrado por segunda vez ministro de España en los Estados Unidos, en comunicación enviada en el transcurso del viaje a su destino y remitida desde París al muy conservador marqués de Viluma explaya su conducta en aquella ocasión: "Neguéme a reconocer el funestísimo atentado de la Granja y fui separado de mi destino y despojado de las condecoraciones que había debido a la merced del Sr. don Fernando VII; y son las únicas que aún llevo y he obtenido."⁷

Es pues, sin duda, un hombre conservador. Estudiando actos como el citado y sus opiniones, a fuerza de esquematizar un poco lo hemos considerado un "conservador isabelino". Don Vicente Palacio Atard elucida las distintas facciones dentro del Partido Moderado, pues estas "significan una *tendencia* de espectro bastante amplio, en la que cabe una variedad de grupos no siempre bien avenidos entre sí".⁸ Si nos remitimos a la clasificación que de las diferentes facciones del Partido Moderado realizó Cánovas Sánchez, se le puede considerar como un miembro, si bien no de primera fila de la tendencia centrista del partido.⁹ Por otra parte, el mismo Cánovas Sánchez al estudiar los distintos subgrupos en sus bases sociales, precisa muy bien el papel del funcionario "inserto en un sistema racionalizado y jerarquizado, que exige trabajos minuciosos, objetivos y documentados"; en este subgrupo cabe perfectamente Calderón de la Barca.¹⁰ Don José María Jover al estudiar los distintos segmentos de la sociedad isabelina, se detiene para hacer un análisis del funcionario en el estrato superior y realiza un cuadro que retrata cabalmente a Calderón de la Barca.

⁵ Francisco Cánovas Sánchez, "Los partidos políticos", EISD, pp. 381-383.

⁶ En la *Gaceta de Madrid*, Núm. 931, 20 de junio de 1837. Se publica un Real Decreto de fecha 19 de junio de 1837 de la Reina Gobernadora, María Cristina, por medio del cual todos los individuos que por haberse rehusado a prestar juramento a la Constitución de 1812 y por ello fueron privados de honores... sueldos, condecoraciones, etc. pueden ser repuestos en ello "...siempre que ahora, sometiéndose a éste, presten juramento mandando guardar la Constitución promulgada el día de ayer". Decreto rubricado por José Ma. Calatrava.

⁷ Carta personal. Doc. Autógrafo de ACB al Marqués de Viluma, P.S.D.E. París, 5 de junio de 1844. Exp. ACB. AMAE. P. Leg. 52, Núm. 2327.

⁸ Vicente Palacio Atard, *La España del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 237.

⁹ *Vid. supra.*, nota 5, p. 381-383. Por fidelidad a Fernando VII, Calderón de la Barca acata su testamento. Don Ángel ya era funcionario desde hacía catorce años en 1833, no podía permitirse veleidades carlistas.

¹⁰ *Ibidem*, p. 396.

Por lo demás, ni la oratoria brillante ni la habilidad periodística necesarias al político para concitarse el favor de la opinión pública serán exigidas al burócrata, por elevada que sea su jerarquía; la prevalencia de la minuciosidad sobre la brillantez retórica en un procedimiento tradicionalmente escrito, no público y montado sobre el engranaje de una estructura jerarquizada, es tan característica del funcionario isabelino como lo fuera del clásico consejero de Castilla o del ministro de Audiencia en el Antiguo Régimen.¹¹

Ahora pasemos a referirnos a la misión de Calderón de la Barca en México de 1839 a 1841. Aun cuando fue el primer ministro acreditado formalmente ante nuestro gobierno, se resiste a aceptar la independencia de México de España y ve en ella toda la causa de sus desgracias. Comenta con mucho desprecio las sencillas, casi pueblerinas fiestas del aniversario de la independencia en 1840 en la ciudad de México: el grupo le parecía "una procesión de aldea". Aprovecha una indisposición física para no acudir y afirma que el próximo año no piensa asistir alegando parecidas razones, "porque creo que sería una inútil hipocresía autorizar con mi presencia una fiesta llena de recuerdos de sangre y consagrada a celebrar un hecho que no podemos aprobar".¹² Se comprende que le duela mucho el hecho de que la posición, los intereses, el comercio, la importancia en suma, no sólo económica sino también política de España sobre México haya menguado grandemente en los últimos años.

A pesar del estado de penuria en que vive su país, su posición como ministro de España en México le obliga a realizar gastos excesivos. La situación le molesta; por eso, no es de extrañar que envidie los grandes medios económicos de que disponen los representantes de Inglaterra y de Francia. Especialmente el primero, que contaba con un sueldo de 47,000 pesos, además de un correo extraordinario destinado con 6,000 duros de salario, para traerle y llevarle la correspondencia. Esa posición y los frecuentes banquetes que ofrecía —a juicio de Calderón de la Barca— le habían granjeado a Richard Pakenham el afecto y la estimación de las autoridades de México. Tenía franca entrada en los ministerios, "se hacía despachar prontamente y adquiere sin dificultad las noticias que le convienen".¹³

Si por una parte, España empobrecida, con dificultades le proveía de fondos, que constantemente le recomendaba economizar,¹⁴ por la otra

¹¹ José María Jover, "Situación social y poder político en la España de Isabel II", *Política, diplomacia y humanismo popular*, Madrid, Turner, 1976, pp. 277-278.

¹² Desp. 84. De ACB al P.S.D.E. México, 27 de septiembre de 1840. RDHM, I, 147.

¹³ Desp. 11. De ACB al P.S.D.E. México, 22 de enero de 1840. RDHM, I, 29.

¹⁴ R.O. del P.S.D.E. Evaristo Pérez de Castro, Madrid, 30 de octubre de 1839, RDHM, I, 34-35.

algunos habitantes de México pensaban que debía llevar el tren de vida de un virrey.

Empeñáronse en que un primer ministro de España, recibido como yo lo fui traía el sueldo de un virrey, y por más que pedía con instancia la economía, mis primeros gastos no dirigidos por mí, ascendieron enormemente. Fue preciso sin embargo devolver los muchos obsequios recibidos, celebrar debidamente con una fiesta los muchos días de cumpleaños de nuestra Augusta Reina y abrir mi casa. V.E. [Joaquín María Ferrer] que ha estado en estos países sabe que en ellos la hospitalidad es dispendiosa y casi costumbre nacional. Creía que mi misión requería estos dispendios para formar como se me mandaba, relaciones de familia y obtener la reconciliación y amalgamación que era mi anhelo al par que mi encargo restablecer, y a la que creo poder lisonjearme de haber contribuido.¹⁵

Evoca las expulsiones de los españoles en 1827 y en 1833, pero calla las causas que las ocasionaron. Juzga a don Valentín Gómez Farías el principal instigador de las graves medidas contra los peninsulares. Lanza los más duros ataques contra don Valentín a quien califica como "demagogo, demócrata furibundo en su lenguaje y tirano execrable en todos sus actos... En 1833 persiguió como a judíos a los españoles y funda gran parte de su popularidad en su encono contra ellos".¹⁶

Hombre lleno de nostalgias por los tiempos idos, consideraba que México bajo el dominio de España estuvo regido por leyes protectoras y benéficas, que en el tiempo en que ejercía su misión o habían sido abolidas o caído en el desuso, otras habían sido sustituidas por uno de los males de este país, la lucha de los partidos "que después de su prematura emancipación le han despedazado".¹⁷

Insistimos, tiene su esfera mental puesta en el pasado: las leyes de la Nueva España, la protección paternalista dispensada por éstas a los indios. Sin embargo en otras comunicaciones reconoce lo inevitable de la emancipación. Así se refiere no sólo a México sino a toda la América española. "Independiente ya y reconocida como tal por la madre patria, sólo le resta para completar su destino el establecer el orden y el unirse tan sinceramente a España como España se une a ella."¹⁸

¹⁵ Desp. 125. De ACB al P.S.D.E. México, 19 de marzo de 1841. Exp. ACB. AMAE. P. Leg. 52, Núm. 2327.

¹⁶ Desp. 66. De ABC al P.S.D.E. México, 23 de julio de 1840, RDHM, I, 125.

¹⁷ Desp. 52. De ACB al P.S.D.E. México, 13 de junio de 1840, RDHM, I, 80.

¹⁸ Carta del Ministro de España en México, ACB, a don Juan Nepomuceno de Pereda, encargado de negocios de Ecuador y Colombia en México, México, 3 de julio de 1840. RDHM, I, 113.

Al hablar del daño que han sufrido los españoles residentes en México a consecuencia de la política de las logias masónicas, comenta que la logia escocesa, "la establecieron los oficiales del general O'Donoghú que trajeron consigo esta pestilencia".¹⁹

En comunicación al ministro de Estado, dándole cuenta de los aciagos días por los que pasaba México, no duda en calificar el sistema de caudillos como una "anarquía militar". Considera a este país tan desorganizado, poco propicio para la emigración de los españoles, que propone se les disuada de la idea de poder adquirir, "como en tiempos más felices", inmensas riquezas, pues sólo encontrarían disgustos e incertidumbres. "No es aún llegado el tiempo en que estos países puedan ofrecer un asilo tranquilo al europeo; y es de temer que si siguen destrozándose así, retrocederán a su primitiva barbarie."²⁰

En julio de 1840, presencié Calderón de la Barca uno de los típicos cuartelazos tan comunes en México en la primera mitad del siglo XIX, únicamente que en esta ocasión pudo ser sometido por el ejército leal al gobierno establecido. Para conocer sus ideas nos interesan las reflexiones que realiza una vez terminado este episodio. Considera al pueblo mexicano como expectante ante los hechos que le ha tocado presenciar "ni aun en el semblante deja entrever la más ligera opinión ni en favor ni en contra". No critica esa actitud pero le parece absurda "la idea de llamar república a un país donde el pueblo ninguna parte ni interés toma en la cosa pública". Llama la atención por otra parte sobre la facilidad con que abandonaban sus puestos "las autoridades llamadas republicanas". Las causas de este abatimiento, de esta anarquía es el "funesto y desmoralizador efecto de la democracia, cuyos dos caracteres distintos son aquí como en los decantados Estados Unidos: la envidia y el implacable espíritu de partido".²¹

Por el tono injurioso que siempre le atribuye al concepto de democracia, cabe preguntarse, ¿qué es para Calderón de la Barca esta categoría política, sobre todo cuando la emplea refiriéndose a los grupos de los Estados Unidos? Aparte del testimonio citado, vea la democracia norteamericana asimilándola con la forma de gobierno republicana; con el sufragio universal, con los actos tumultuarios y manifestaciones populares; con el sistema federal, en fin con todo lo que jamás un conservador español deseaba para su país.

Por mucho que un historiador no comparta las ideas de los hombres y sus actitudes que el estudio del pasado conlleva, no debe ahorrarse el esfuerzo de intentar al menos su comprensión. En el caso de Calderón de la Barca

¹⁹ Desp. 58. De ACB al P.S.D.E. México, 26 de junio de 1840. RDHM, I, 109.

²⁰ Dep. 73. De ACB al P.S.D.E. México, 15 de agosto de 1840. RDHM, I, 136.

²¹ Desp. 66. De ACB al P.S.D.E. México, 23 de julio de 1844. RDHM, I, 127.

no es tan difícil explicarlo: era un criollo, había nacido en Buenos Aires, en 1790, donde contribuyó a la defensa de este puerto contra la invasión de los ingleses en 1806. Se trasladó a la península y durante la guerra de la independencia española, cayó prisionero de los franceses. Adoptó como patria la que había sido la de sus padres. Tal vez por haber luchado contra la invasión francesa, por vivir la emancipación hispanoamericana, —la tierra donde había nacido—, la descalificación internacional que para España supuso el Congreso de Viena, el avance imparable de otras naciones europeas y de los jóvenes Estados Unidos crearon en su ánimo un sentimiento patriótico, de un nacionalismo doliente y exasperado ante la pérdida del imperio colonial que sufrió España y que él presenció y vivió en carne propia.

Cuando iniciamos el estudio de su correspondencia, las características de la misma nos producían cierta desesperación. A menudo confuso en sus despachos, mezcla temas, carece con frecuencia de enlace paragrafal, agrega apostillas. Tal vez ya era un hombre cansado. ¡Cómo contrasta con el estilo y las formas de Bermúdez de Castro! Éste era un modelo de orden en su correspondencia, de una inteligencia nada común, muy dotado para la intriga, ante las formas amables y burocráticas de Calderón de la Barca. Era hasta cierto punto natural: hacia 1846 don Ángel contaba con 56 años, había sufrido muchos engaños, había sido tratado sin consideración por la administración esparterista. En cambio Bermúdez de Castro era un ejemplar de esa "juventud dorada", semillero de los moderados. Contaba en 1846 con escasos 29 años, era protegido del general Narváez, tenía grandes contactos en Madrid. Calderón de la Barca en cambio era un hombre que, a base de años y de esfuerzos, había ascendido lentamente todo el escalafón de la carrera diplomática. Posee una cierta inercia. Con frecuencia excede su prudencia, ante decisiones importantes se muestra lleno de dudas. En más de una ocasión recibe amables reconvenciones del Ministerio de Estado de Madrid.

Su actitud ante la administración Polk es a la vez tímida e impresionable. En otras ocasiones sale a la luz herido su orgullo hispánico ante el expansionismo angloamericano. Mezcla amor, desprecio, indignación ante los destinos del "malhadado México", "nuestros hermanos".

Calderón de la Barca es un hombre bondadoso, un tanto ingenuo, fácil presa de la malevolencia angloamericana que en cierta forma lo utilizó de la manera más cínica. Veamos, si no, los duros juicios que el encargado de negocios interino, Thomas Caute Reynolds —que no ministro como anota Frank Sanders—²² de los Estados Unidos en España, emitía en 1847 sobre

²² Frank Sanders, "México visto por los diplomáticos del siglo XIX", *Historia Mexicana*, 79, v. XX, Núm. 3, México, El Colegio de México, Enero-Marzo 1971, p. 369.

don Ángel, contribuyendo a la patraña de su supuesta destitución como ministro de España en México en 1841.

Sin atender al manifiesto interés de España de cultivar relaciones amistosas con esa anarquía orgánica [México], ni a la política de su gobierno en atraer a la antigua colonia hacia un trato cordial, sirvió [Calderón de la Barca] tan concienzuda y activamente al ministro británico [Pakenham], actuando como instrumento de sus intrigas, que México exigió su destitución. Había sido cogido en un doble juego, y aunque era un enredador consumado y muy apto para el engaño, se pensó que no ejercitaría estos talentos, que podrían ser útiles para Inglaterra para dañarla.²³

Quien con tan duros términos se expresaba así de Calderón de la Barca y de México, tenía pleno conocimiento que la gestión que realizaba por aquellos días don Ángel en Washington contaba con todo el beneplácito del secretario de Estado James Buchanan, quien a través del propio Reynolds había expresado dos meses antes que sentiría mucho que el gobierno de España trasladase a Calderón a Madrid para ocupar el cargo de senador del reino.²⁴ Incluso el presidente Polk se refiere a Calderón de la Barca como "un caballero simpático".²⁵ Y cómo no le iba a resultar "simpático" un diplomático español, cuya culta esposa escocesa daba lustre y brillo a los círculos de Washington. Por otra parte, no dudamos de la caballerosidad y buenas maneras de don Ángel. Buchanan se habría inquietado si Calderón al recibir la distinción de senador del reino, hubiese tenido que partir a Madrid. Por eso comisionaba al poco discreto Reynolds para que mediase sus buenos oficios en Madrid. La administración Polk estaba feliz de que España tuviese en Washington una representación inocua.

En otro orden de cosas sobre la misión de Calderón de la Barca en los Estados Unidos, merece destacarse el hecho de haber sido considerado, dentro de los diplomáticos que hasta esa época habían representado a España en Washington, como el primer "hombre de letras", predecesor de insignes literatos como Gabriel García de Tassara y Juan Valera.²⁶

²³ Desp. de Thomas C. Reynolds a James Buchanan, Madrid, 12 de agosto de 1847, *Diplomatic Despatches*, Spain, National Archives, Washington, Grupo de Archivo 59. Apud. Sanders, *loc. cit.*, pp. 369-370. Sobre la supuesta destitución de Calderón de la Barca esperamos la oportunidad de otra nota, acogiéndonos a la benevolencia de la revista *Estudios*.

²⁴ Nota. De Thomas C. Reynolds al Ministro de Estado, Madrid, 5 de junio de 1847, AHN. E. Leg. 5587, Exp. 1, Núms. 1-2.

²⁵ James K. Polk, *Diario del Presidente Polk, 1845-1849*. Tr., pról. y notas de Luis Cabrera, Antigua Librería de Robredo, México, 1948, pp. 142-143.

²⁶ James W. Cortada, *Two nations over time*, Westport, Connecticut, Greenwood

La actitud de Calderón de la Barca ante la invasión filibustera de Narciso López contra Cuba le valió la calificación de impasible y apático en las Cortes Españolas, nada menos por parte de Salvador Bermúdez de Castro el 4 de enero de 1851. Este último declaraba haber examinado la correspondencia de Calderón de la Barca con la secretaría de Estado norteamericana.

Yo he examinado esa triste correspondencia; yo he visto perderse mucho tiempo antes de empezarse las reclamaciones, y entablarse en tono tal, tan modesto, tan indiferente, tan humilde, como si no se tratase de la agresión más injustificable de los intereses más vitales de una nación. Yo he buscado en vano las notas apremiantes, llenas de razón y de energía, que debió escribir el Ministro de la Reina en Washington cuando eran más públicos y formidables los preparativos de la expedición; yo no he encontrado otra cosa que protestas tímidas o el más injustificable silencio. Cuando del Norte al Oeste no se habla más que de este negocio; cuando era el tema diario de los periódicos de los Estados Unidos, pasaban días y semanas, y meses, señores sin que en nombre del derecho de gentes, de la buena fe de las naciones, del texto y del espíritu de los tratados, se exigiese la disolución de esas cuadrillas de piratas que se aprestaban a invadir a Cuba y a despojarnos de nuestro territorio. El Sr. Ministro de Estado se cruzaba de brazos, y el representante en Washington de su política, obedeciendo, como era natural, sus instrucciones, acomodaba a este sistema su conducta.²⁷

Tomando en cuenta estas características personales e ideológicas del ministro de España en Washington durante la guerra entre Estados Unidos y México, podemos llegar a la conclusión que si bien es insostenible como afirmó Carlos Rama que "actuó siempre en forma hostil a la república de México",²⁸ su actitud se acerca más bien a una cierta conmiseración; constantemente encontramos en sus despachos la expresión "el malhadado México". Le duelen las desventuras por las que pasa ese país, por más que la impotencia de España por realizar algo positivo en el caso lo ofusque, lo exaspere.

Press, 1978, p. 138. Como "hombre de letras" también dejó buen recuerdo en México siendo uno de los fundadores del Ateneo Mexicano. Véase el sólido artículo de Beatriz Urías, "Educación para la democracia: El Ateneo Mexicano (1840-1851)", *Estudios*, Núm. 12, México, Primavera 1988, pp. 29-51.

²⁷ "Intervención parlamentaria de don Salvador Bermúdez de Castro en el Congreso de los Diputados", Madrid, 4 de enero de 1851, *Antología de las Cortes de 1846 y 1854*, Madrid, Imp. de V. Tordesillas, 1912, pp. 360-361.

²⁸ Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina, Siglo XIX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 83-84.

Al estudiar, la actitud de España durante la guerra entre México y los Estados Unidos, tanto a través de los informes de Calderón de la Barca como en los de los diversos diplomáticos españoles, no nos interesó tanto relatar y recomponer con ellos las batallas, los avances de las fuerzas angloamericanas en México, aunque estudiando una guerra nos tengamos que servir de ello, sino destacar con mayor insistencia las opiniones emitidas por los representantes de España acerca de las repúblicas en pugna.

La redacción de Calderón es mediocre, a veces pésima. Quizás su larga permanencia en Washington y el hecho de que su esposa fuera anglófona habían producido una mezcla en su lenguaje. Los anglicismos en él son constantes: en lugar del término "documentos oficiales" utiliza el de "papeles públicos". A veces el lenguaje utilizado se presta a confusiones, como es el caso del término "papeles" que utiliza en lugar de periódicos. Si Buchanan, decía que el ministro de los Estados Unidos en Madrid, Romulus M. Saunders, "asesinaba" la lengua inglesa, otro tanto podría decirse de Calderón de la Barca respecto al castellano.

Don Ángel permaneció en Washington como ministro de España hasta agosto de 1853. Fue llamado por el ministerio del general Francisco Lersundi para ocupar el cargo de ministro de Estado. Con poco entusiasmo, pues no le eran ajenas las dificultades políticas por las que atravesaban los moderados, se traslada, siempre junto con su esposa Fanny Calderón a Madrid. Al llegar a esta capital ya había caído el ministerio Lersundi y el nuevo presidente del Consejo de Ministros, José Luis Sartorius, conde de San Luis, ratificó el nombramiento. Meses más tarde, Calderón de la Barca será honrado con el título de senador vitalicio.²⁹

La revolución de julio de 1854 lo obliga a dimitir y a refugiarse en las legaciones de Austria y Dinamarca. Disfrazado cruza la frontera francesa, poco después lo sigue la señora Calderón. Dos años más tarde, durante el llamado "bienio moderado", Calderón de la Barca exhibe su larga hoja de servicios ante el Ministerio de Estado para gestionar y obtener su pensión como ex-ministro. Este ingreso, aunado al cargo de senador permiten a los Calderón de la Barca vivir con tranquilidad en una quinta-casa que construyen en Zarauz, en la costa del País Vasco. Don Ángel fallece en San Sebastián el 31 de mayo de 1861. Su esposa, quien sería la institutriz de la Infanta Isabel y en 1876 recibiría de Alfonso XII el título de marquesa de

²⁹ Para el estudio del Madrid palaciego en vísperas de la revolución de 1854 contamos con el testimonio de Fanny Calderón de la Barca, *The Attaché in Madrid; or, Sketches of the court of Isabella II*, New York, D. Appleton and Company, 1856. Un investigador de la revolución de 1854 lo considera "relato algo fantaseado", pero en más de una ocasión lo cita. V.G. Kiernan, *La revolución de 1854 en España*, tr. de Luis Escolar Bareño, Madrid, Aguilar, 1970.

Calderón de la Barca, murió en el Palacio Real de Madrid el 6 de febrero de 1882.³⁰

Siglas y abreviaturas

- ACB Ángel Calderón de la Barca.
AHN.E. Archivo Histórico Nacional. Sección de Estado. Madrid
AMAE Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.
Doc. Documento.
EEMP Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.
EISD *La España isabelina y el sexenio democrático*, pról. de
 José Ma. Jover, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
Exp. Expediente.
Leg. Legajo.
P.S.D.E. Primer Secretario del Despacho de Estado. Esta era la forma
 oficial en que era denominado el ministro de Asuntos.
 Exteriores de España. También era denominado así el
 Ministerio de Estado.
RDHM *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas*. Documentos
 procedentes del Archivo de la Embajada de España en México.
 4 v. Selección, estudio preliminar y notas de Javier Malagón
 Barceló, Enriqueta Lopezlira y José María Miquel i Vergés,
 El Colegio de México, 1949-1968.
R.O. Real Orden.
V.E. Vuestra Excelencia.

³⁰ Hemos extraído esta información del expediente de Calderón de la Barca, así como del magnífico prólogo que escribió Felipe Teixidor a la obra de Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, durante una residencia de dos años en ese país. 2v., tr., pról. y notas de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1959.